

El valor de la participación



Este artículo recoge dos aportaciones de distinto perfil. El primer texto, de carácter conceptual, reflexiona sobre la importancia de la participación como elemento clave para la convivencia en los centros escolares. En el segundo, un profesor de Infantil transmite, de una forma vivencial y directa, sus reflexiones sobre el día a día en una cooperativa de enseñanza.

► Una estrategia, un reto

LUIS CERVELLERA

Director de la cooperativa Escuela 2 (La Cañada, València) y director de AKOE Educació.

La convivencia en el centro escolar es la clave de la educación y creemos que la participación es la herramienta idónea para facilitarla y mejorarla. Desde el punto de vista de las cooperativas, la convivencia se muestra como la esencia de nuestro bienestar. Las sociedades sanas nacen de las personas sanas y las personas sanas nacen y se hacen. La realidad democrática de los centros exige de todas las partes su definición, su participación y disfrute para generar un óptimo clima de convivencia, un escenario de aprendizaje y libertad personal con alto valor emocional. La participación ejercida como derecho vivo, como respeto al individuo y no sólo como una manera de lograr futuros ciudadanos responsables, significa, en la práctica, otorgar a alumnos y alumnas el derecho y la oportunidad de ser, aquí y ahora.

La madurez del movimiento cooperativo ha supuesto la madurez de sus ideas y de sus prácticas, lo que se traduce en proyectos educativos ya consolidados con una trayectoria sólida y una idea nítida de aquello que se quiere conseguir. La propia autocalificación de movimiento, en referencia al cooperativo, supone el constatado ejercicio de la posibilidad de cambio y renovación, supone la connivencia de motivaciones y prácticas diversas, supone apertura, expansión, sustrato pedagógico común y respeto a las diferencias. Porque, aunque no todas las cooperativas son iguales y cada una bebe de diversas fuentes, todas tienen en común un concepto de compromiso social y un deseo de "moverse", de caminar hacia un futuro mejor.

La estructura de participación del profesorado y del personal del centro se asienta sobre el inicial paraguas de la Asamblea General, de la cual, como si de un manantial se tratara, mana un flujo continuo de momentos y situaciones que requieren, sin contemplaciones, su participación activa. Para ello, se coordinan los proyectos, se nombran comisiones, se consensúan las estrategias, se recogen propuestas, se pacta la formación, se deciden las inversiones, se comprometen calendarios; en definitiva, día a día, la participación se traduce en la capacidad de decisión. El alumnado del centro, el agente principal, evoluciona a través de escenarios de creciente complejidad y diferentes posibilidades, desde los corros y las asambleas en la propia aula, hasta los grandes órganos diseñados al efecto, pasando por comisiones *ad hoc*, la asunción de responsabilidades "comunales", el desarrollo de proyectos de investigación, la determinación de modelos de convivencia, la gestión de la biblioteca, los usos de las zonas comunes, los "clubs"... Las familias se encuentran, pese a la voluntad de algunas, con espacios individuales de

interacción que resultan básicos. Su opinión en la escuela no sólo es importante, es imprescindible: en las reuniones individuales, las AMPAS, los proyectos familiares, las fiestas, el Consejo Escolar, las acampadas, los proyectos, los acogimientos, las charlas y más charlas hablando de la educación de sus hijos e hijas...

Si ya tenemos a los protagonistas, no podemos obviar que, como en todas las relaciones, el roce hace el cariño, como expresión del afecto inherente a cualquier relación interpersonal; pero esto no exonera de la realidad de la existencia de múltiples situaciones de conflicto, cuyo tratamiento ha de ser vivido en los centros no como una problemática, sino como un reto, como una oportunidad para el crecimiento de las personas, como una oportunidad de ensayar escenarios que habrán de ser vividos con mayor intensidad y autonomía. Ésta es la mayor necesidad que en la actualidad tiene cualquier centro educativo: construir un clima de convivencia que permita la formación y la relación personal entre los agentes educativos y, para conseguir esto, la participación es la estrategia clave.

La proximidad, el diálogo, el acercamiento al alumnado, a las familias, a sus problemáticas y situaciones puede llevar a comprender mejor el origen del conflicto y, por supuesto, a mejorar en la búsqueda de soluciones. Para ello se requiere tiempo y paciencia. Cuantas más oportunidades de poder ser, de poder expresar, de hablar o discutir, más oportunidades se generan para todo; cuanto más interacción, más choque... La participación directa en el tratamiento de los conflictos a través de estrategias de mediación y maduración de la propia competencia social y emocional se presenta como factor común en los centros cooperativos. La socialización de las personas se aborda con estrategias de encuentro, de adaptabilidad, de inclusividad, a través de asociaciones multilaterales, asimétricas, parejas, duraderas, dependientes...; la disciplina se debe al proyecto en sí, al guión de nuestros comunes acuerdos.

La intervención sobre aspectos clave del currículo provoca adaptación; la definición de los tiempos genera flexibilidad; la multiplicidad de agrupamientos genera tolerancia; el mutuo conocimiento fomenta la empatía; los desdoblamientos permiten cercanía; el mejor uso de los espacios ofrece comodidad; el acceso a los recursos da confianza; los intercambios promueven la diversidad; los proyectos generan autonomía...

La evaluación se convierte, en los centros, en arma arrojadiza, en poder. Cada vez más, los centros cooperativos ahondan en esta cultura con una visión renovada, global. Los alumnos y alumnas siguen siendo el centro, el núcleo de la

acción docente; sin embargo, la corresponsabilidad en el alcance de metas y objetivos afecta a todos los colectivos y, así, es creciente el número de centros inmersos en procesos de autoevaluación y mejora continuos. Buena parte de las cooperativas de enseñanza nacieron como expresión de descontento con el tiempo y el momento del franquismo. La participación de las familias fue crucial en su origen, de modo que los ligamientos entre los distintos colectivos se hallan entrelazados en la consecución de objetivos comunes. Las familias, como representantes de los chicos y chicas, también son "clientes" del centro; sus emociones y sus conflictos son parte real de los centros y también lo requieren. El asesoramiento, la atención personal e íntima, la posibilidad de compartir penas y alegrías, de participar en la actividad del centro, de gestionar apoyos y materiales, de disenter y expresar opinión en foros relevantes son vías de encuentro.

Como vemos, en la integral de los proyectos cooperativos seguimos encontrando a las personas. El paso del tiempo y la tendencia natural a sentirse incluido en los colectivos institucionaliza el propio rol, anquilosando, en cierto modo, la permeabilidad del sistema. Por ello, no sólo caminamos hacia modelos institucionales de calidad y excelencia, sino que también buscamos caminar hacia el movimiento de frescura y compromiso que supone, en la actualidad, el impulso de las comunidades de aprendizaje, con la firme creencia de que el verdadero ejercicio de la libertad supone la asunción de las decisiones personales y responsabilidad en el compromiso social. La tendencia del pensamiento colectivo apunta, precisamente, en esta dirección, y el *savoir faire* de las cooperativas de enseñanza parece estar en disposición de asentar y acomodar el modelo. Es como un círculo que se cierra, que se vuelve a cerrar tal vez, es algo así como la oportunidad de empezar sabiendo lo que sabemos. Así figura en las conclusiones del XI Congreso de la UECOE: "Las cooperativas

apostamos por construir la utopía de la cultura participativa, para convertir el día a día de nuestras aulas y centros en verdaderas 'comunidades de aprendizaje'"

Apoyo mutuo

Como hemos visto en párrafos anteriores, la participación supone ir cada vez más allá de las paredes del centro, la necesidad de abrir la escuela a la sociedad para que los diferentes agentes sociales puedan participar y enriquecer la misión del profesorado. Los centros cooperativos han entendido la necesidad de incidir en la orientación de su propio futuro a través de participar como agente activo en sus diversos entornos y establecer nutridos flujos de entradas y salidas que aseguren su relevancia social. La Unión Estatal de Cooperativas de Enseñanza, las distintas federaciones y asociaciones autonómicas y otros modelos de cooperación entre cooperativas dan muestra de un tejido tramado con buenos mimbres, de un guiso bien elaborado, tal como se explica en la receta del "Arroz verde de la participación".

La realidad diaria de las cooperativas supone su participación activa y su implicación en la generación de riqueza en el medio en el que se desenvuelven, a través de la creación de empleo y oportunidades. Son muchos los Consejos Escolares Municipales que tienen representantes de cooperativas, también los autonómicos y el del Estado. La activa participación, en general, en el seguimiento de programas municipales asienta el compromiso con el entorno inmediato. La colaboración con empresas e instituciones, con otros centros educativos, con organizaciones no gubernamentales y plataformas ciudadanas cada vez es mayor. El esfuerzo autoasignado en favor de la recuperación integral de las "lenguas propias" las hace trabajar junto a importantes colectivos sociales en torno a propuestas "ideales".



El arroz verde de la participación

- El Proyecto Educativo de Centro se piensa, se reflexiona y se consensúa.
- Añadimos profesionales (docentes y no docentes) que crean en el Proyecto.
- Cocemos para evaporar agua (dificultades) y concentrar entusiasmo.
- Sazonamos con niñas y niños, madres y padres, abuelos y abuelas, voluntarios, ex alumnos, trabajadores y trabajadoras...
- Echamos el arroz y dejamos que todo se impregne de los diferentes sabores, lentamente (chup, chup...).
- Lo probamos y modificamos aquello que sea necesario.
- Disfrutamos de la comida, regándola con un buen vino para completar el guiso.

XI Congreso UECOE (València, 2004).

La participación en el ámbito internacional empieza a ser ya una constante (aún con cierto posicionamiento crítico y salpicado de "acciones solidarias" con países de "otros" mundos; Europa es el escenario). La movilidad de alumnos y profesores, el desarrollo de las tecnologías de la comunicación, la relevancia del dominio de los idiomas, el intercambio de ideas, la creación de lazos entre las personas, el mestizaje, generan el nuevo escenario en el que las cooperativas ya se mueven con facilidad.

El sentido de alerta de las cooperativas, tan acostumbradas a mirar en derredor, las empuja a la concentración de sus esfuerzos con un sentimiento de mutua protección, para sí y para la

especie. La voracidad de los movimientos de grupos de influencia social aconseja el fortalecimiento de las relaciones entre las propias cooperativas. Se ha generado, en la actualidad, una tendencia hacia la concentración en nuevos proyectos empresariales, asentados sobre principios de no competencia y mutuo crecimiento. Es la cooperación por excelencia.

Como conclusión quisiéramos señalar que la participación, entendida como una gran línea de acción que marca el camino a seguir para alcanzar niveles óptimos de convivencia, se revela como la estrategia esencial de las cooperativas, en su empeño, tan apasionante como difícil, de "hacer" personas sanas y felices.

► Una escuela entre buganvillas

MIGUEL ÁNGEL MORET

Profesor de Infantil en la Escola Les Carolines (Picassent, València).

He sido elegido por mi cooperativa para hablar de los proyectos que nuestra escuela ha realizado o realizará. Pero, más que destacar uno en concreto, hemos decidido transmitir nuestro día a día, porque, por ejemplo, ser una cooperativa de enseñanza de inmersión en valenciano es en sí mismo un proyecto.

Después de 33 años, nuestra Escuela no está como el primer día, pero tenemos la impresión de que cada día es el primero: nos gustan y nos inquietan los lunes, los claustros, las reuniones de padres, las entrevistas con los componentes del gabinete psicopedagógico, que nos explican qué es la salud mental y las dislalias; nos gusta ver a las profesoras de Inglés compartiendo esa lengua con el alumnado de Infantil, decir buenos días a los adolescentes y corregirles un taco entre pasillos; nos gusta ver a los antiguos alumnos y alumnas dar un beso a las cocineras; encontrarnos con los antiguos padres e informarles de las cosas que van pasando desde que ellos no son testigos: la "misión", llamamos nosotros a nuestra cooperativa. Es una forma de hablar que viene a resumir el sentimiento de fábrica de sueños que creemos que es nuestro colegio: sueños y pesadillas, pues no somos unos ignorantes, aunque sí unos optimistas.

Yo recomiendo a los jóvenes las cooperativas de enseñanza. No tenemos más argumento que el de que nos gusta trabajar en equipo. No digo con eso que lo hagamos bien, sólo que nuestra Escuela lo permite: se pueden presentar proyectos; se puede pensar en voz alta; se pueden revisar las programaciones, los contenidos, los hábitos con suma cordialidad y espíritu de cooperación, y también con esfuerzo, con obcecación, sin sistematización... La cara y cruz de un mismo colectivo, como todo en la vida.

¿Qué nos hace, pues, quererla tanto? Aparte de las buganvillas que adornan el jardín, de los colores mediterráneos de las paredes y del sol de invierno acariciándonos la piel, la queremos tanto porque es nuestra: somos copropietarios de un sueño, de la ilusión de formar personas críticas, que puedan pensar, no dogmáticas, rebeldes ante la injusticia, valientes ante el fracaso, curiosas por lo que las rodea, interesadas ante lo desconocido; personas a quienes dar la mano y prestar el hombro en la adversidad, y tener el placer de ver y escuchar su particular y única manera de ver el mundo.

Las cooperativas también son un "rollo", son aburridas, siempre lo mismo, las mismas juntas, los mismos problemas: "no hay beneficios", "se podría haber hecho mejor", "la Administración", "el equipo directivo", "el Consejo Rector", "no publicamos", "el prestigio", "la innovación", como cuando alguien trae noticias de algún congreso que no consigue arrastrar a los demás.

Nos gusta no tener afán de lucro. Nos gusta que los padres vengan a las fiestas. Nos gusta no tener la obligación de saber si el alumnado toma o no la comunión.

Nos gusta ser escuela valenciana, nos gusta la inmersión lingüística y no nos gusta que muchos muebles estén por cambiar. Nos gusta llegar a un acuerdo que parecía imposible con un compañero o con una familia y, si no lo hay, nos gusta pensar que quizá lo haya en otro momento. Pero aún nos gusta más pensar que el conflicto no tiene que destruir la convivencia.

Nos gusta que el movimiento cooperativo siga trabajando, innovando, buscando fórmulas y estrategias. Nos gusta ser representados por los nuestros.

No somos una escuela que pueda presumir de estupendas instalaciones, de renovado material, de un claustro de profesores sumamente científico o innovador. Ya hemos dicho que apenas publicamos y apenas nos intercambiamos con otras escuelas, y eso está mal. Pero somos una escuela que habla con sus alumnos, con sus padres y madres (¡mucho!). Una escuela que vota, que acepta los resultados, que sabe poco de economía (y eso la pierde) y mucho de afecto (y eso la encuentra).

Nos gusta que la ESO tenga pequeñas cooperativas de alumnos y alumnas que gestionen con sus productos –descabellados algunos, sabrosísimos otros–; nos gusta que formen parte del Grupo de Ayuda a Indígenas Mapuches y que nos reparen y hagan papeleras y casilleros en Tecnología. Nos gusta separar el papel del plástico, deseamos reducir los residuos y nos gustan las semanas dedicadas al cine, a los trovadores o a la salud.

Nos gusta ir a la playa en invierno con los alumnos y alumnas, visitar museos y exposiciones, hacer la Mona (no la animal, sino la dulce) y que nos visite, cada año, un irreal Rey Mago.

Nos gusta no celebrar el Día de la Madre, ni el del Padre ni el de los Enamorados. Nos gusta el huerto, la piscina y despedir con una fiesta al alumnado que deja el centro.

Nos gusta que jueguen al ajedrez, que se haya informatizado la pequeña biblioteca; lamentamos que no haya más ordenadores y un monitor de televisión por aula.

Nos gusta celebrar los cumpleaños de los alumnos y alumnas y confeccionar cada año un calendario. Nos gusta tener un periódico semanal y nos enorgullece que el alumnado gane concursos, aunque nos gustaría también participar en más.

Nos gusta recordar el gran cartel de “No a la Guerra” que colocamos en la puerta de entrada y ver las producciones de la Escuela de Primaria en sus pasillos.

Nos entenece quien está fuera de clase, sentado, esperando a que le dejen entrar porque con él o con ella dentro no se podía trabajar.

Nos gusta llamar a las familias cuando se ponen enfermos sus hijos o los llevamos al médico por un golpe o una herida. Nos gusta que, ante la desolación por la muerte de dos alumnas, profesorado y alumnado habláramos de ello y lloráramos.

Nos gusta oír a un profesor de Ciencias repetir una y otra vez que siempre bebemos la misma agua, o pasar por la Jefatura de Estudios de Secundaria y oír hablar en francés.

Nos gusta que, en un curso de la ESO, se hayan reunido padres, profesores y alumnado para hablar de las preocupaciones derivadas del mal funcionamiento de la clase o que, gracias a una madre, estemos participando en un estudio sobre violencia escolar que está llevando a cabo la Universitat de València. Y nos gusta haber estado en el Parlamento Europeo.

Nos gusta que nos haya visitado Sebastiao Salgado para hacernos fotos (¡qué suerte!) y ayudar a pasar los celos por el nacimiento y posterior crecimiento de un nuevo hermano.

Nos gusta ir de acampada y que los y las mayores sean los protagonistas de intercambios con institutos de Finlandia o de Polonia (¡qué frío!).

Nos gusta que la escuela esté concertada y que así lo ponga en los carteles indicadores, que hagamos publicidad escrita y en la radio, y discutir cómo afrontar las nuevas obras y las estrategias de rentabilidad.

Nos gusta saber que no vamos a ganar mucho dinero, pero que hacemos mucho de lo que queremos.

Nos gusta que los deportes y actividades físicas sean el patinaje, el bádminton, los malabares, el senderismo, los bailes de salón, la orientación o el tai chi.

Nos gusta que, en nuestro inicio, nos inspiráramos en Summerhill y que, ahora, tras la experiencia, el amor a la libertad vaya junto al respeto que genera un buen ejercicio de la autoridad.

No sabemos si pasaríamos un examen de calidad, pero nos gusta ponernos a estudiar para aprobarlo.

Perdonen Vds., pero la mente de un maestro se vuelve pueril con facilidad, tal y como decía Fernán Gómez en la película *La lengua de las mariposas* sobre un texto de Manuel Rivas.

